

A los Condes alevosos  
A grandes voces llamando :  
— ¡Por qué á tan altas señoras,  
Faceis tal desaguisado,  
Mayormente siendo hijas  
De un padre tan estimado?  
; De tan grande alevosía  
El se hará bien vengado! —  
Y en las ramas de los robles,  
A las damas habia echado ;  
Cubriólas con su vestido,  
Y allí se las ha dejado ;  
A buscar va do las pongan  
Para que estén á recaudo.  
Mas ventura deparó  
Un labrador muy honrado,  
Que muchas veces el Cid  
En su casa se ha hospedado.  
Ordoño y el labrador  
Al robledo habian tornado,  
Y donde dejó sus primas,  
Allí las habia hallado.  
Llévanlas á aquel lugar,  
Que es secreto y apartado ;  
Ellas son bien acogidas,  
D'este labrador honrado,  
Y de su mujer y hijos,  
Todas facian lo mandado.  
Ordoño habló con ellas,  
D'esta suerte ha razonado :  
— Señoras, yo quiero ir  
A Valencia vuestro Estado,  
A decir á vuestro padre,  
A questo que os ha pasado,  
Y que venga vuesa injuria,  
Pues que tanto le ha tocado.—  
Ellas lo hubieron por bien ;  
Su viaje comenzado,  
Andando por sus jornadas,  
A Valencia habia llegado,  
Y en presencia del buen Cid,  
Está Ordoño lamentando :  
Contóle lo acontecido,  
Sin palabra haber faltado.  
El de Vivar es discreto,  
Muy bien lo ha disimulado ;  
Que lo que espera venganza,  
No conviene ser llorado.  
Su mujer Jimena Gomez  
Es la que mas lo ha mostrado,  
Llorando de los sus ojos,  
Fuentes se le habian tornado.  
Mucho la consuela el Cid,  
Como discreto y honrado :  
Con las cosas que le ha dicho,  
Mucho la habia consolado.  
Despachó sus mensajeros  
Para ese rey castellano,  
Al cual le fagan saber  
A questo fecho malvado.  
Pidióle que haya por bien  
Que d'ello sea enmendado,  
Y que para que haya efecto,  
Licencia le ha demandado  
Para venir á Toledo,  
Adonde está aposentado.  
El Rey que supo el negocio,  
Gran enojo habia tomado  
De los Condes, y su tío  
Que lo habia aconsejado.  
La licencia que el Cid pide,  
El Rey se la habia dado :  
Envió por sus dos hijas,  
Do Ordoño las ha dejado.

(Escobar, *Romancero del Cid*.)

<sup>1</sup> Hasta este verso es el romance igual al que precede, pero desde él en adelante diferente. Parece redactado sobre el anterior, y completado y añadido por algun poeta del tiempo y clase de Sepúlveda.

## 863.

QUEJAS DE LAS HIJAS DEL CID CONTRA SUS ESPOSOS  
LOS CONDES DE CARRION. — CXL.

(Anónimo.)

En las malezas de un monte,  
Desnudas por gran traicion,  
Dos soles contempla el mundo,  
Doña Elvira y Doña Sol,  
Hijas de Jimena Gomez,  
Y del buen Cid Campeador,  
Regalo del alma suya,  
Y prendas del corazon.  
Allí en la blanca azucena,  
Muestra el lirio su color,  
Y en dos albas claras bellas  
La grana por arrebol :  
Dos cielos que lueven perlas,  
Y estrellas dan al licor,  
Y entre aljofar y corales  
Esta voz forma el dolor :  
« ¡Ay duro roble!  
» Ay soledad! Ay breña!  
» Ay, quien del mundo fia, cómo sueña!  
— ¡Ay alevos Condes, dicen,  
Cuán ciegos en vuestro error  
Dejais presas nuestras manos,  
Sueltas las del vengador!  
¡Ay famoso Cid! tus obras  
Ganadas con tu valor,  
Hoy en duros robles mueren  
A manos del desamor.  
Mil baluartes y muros  
Ha derribado el temor  
De tu brazo, á quien ultrajan  
Las chozas de Carrion.  
¡Espanto de mil traiciones,  
Ya dirá el mundo traidor,  
Que se le atreven los Condes  
Al que es de reyes señor!  
« ¡Ay duro roble! etc.»  
¡Ay honor, prenda del alma!  
Decidle al Cid que os ganó  
Entre lanzas de dos hierros,  
Que en uno solo os perdió.  
Id luego, no vais agora ;  
Pero no lo haréis vos, no,  
Que aborreceis á desnudos  
Y á deshonrados mejor.  
Id, pues que sois tan altivo,  
Decid al rey en Leon,  
Que se duela cuando os mire  
Ó que os vuelva cual os vió :  
Y en tanto d'estas montañas,  
Con tierna lamentacion,  
Volverémos de las fieras,  
En piedad dulce el rigor.  
« ¡Ay duro roble!  
» Ay soledad! Ay breña!  
» Ay, quien del mundo fia, cómo sueña!  
(MADRIGAL, *Segunda parte del romancero general*.)

## 864.

AL MISMO ASUNTO. — CXLII.

(Anónimo.)

Al cielo piden justicia  
De los condes de Carrion  
Ambas las hijas del Cid  
Doña Elvira y Doña Sol.  
A sendos robles atadas  
Dan gritos que es compasion,  
Y no las responde nadie  
Sino el eco de su voz.  
El menosprecio y afrenta  
Sienten, que las llagas non ;  
Que es dolor á par de muerte

En la mujer un baldon.  
Tal fuerza tiene consigo  
La verdad y la razon,  
Que hallan en los montes gentes,  
Y en las fieras compasion.  
A los lamentos que hacen  
Por allí pasó un pastor,  
Por donde no puso pié  
Cosa humana, si ahora non.  
Danle voces que se acerque,  
Y él no osa de pavor,  
Que son hijos de ignorancia  
El empacho y el temor.  
— Por Dios te rogamus, home,  
Que hayas de nos compasion,  
Así tus ganados vayan  
Siempre de bien en mejor ;  
Nunca les falten las aguas  
En el estío y calor,  
Las yerbas no se les sequen  
Con la helada y con el sol ;  
Tus tiernos fíjuelos veas  
Criados en bendicion,  
Y peines tus blancas canas  
Sin dolencia y sin lesion,  
Que desates nuestras manos,  
Pues que las tuyas non son  
Como las que nos ataron,  
De malicia y de traicion. —  
Estando en estas palabras  
El buen Ordoño llegó  
En hábito de romero  
De órden del Cid su señor :  
Prestamente las desata  
Disimulando el dolor.  
Ellas que lo conocieron  
Juntas lo abrazan las dos ;  
Llorando les dice : — Primas,  
Secretos del cielo son,  
Cuya voz y cuya causa  
Está reservada á Dios.  
No tuvo la culpa el Cid,  
Que el Rey se lo aconsejó ;  
¡ Mas buen padre tenéis, dueñas,  
Que vuelva por vuestro honor!

(Escobar, *Romancero del Cid*.)

<sup>1</sup> La forma y versificación de este romance se semeja mucho á la de algunos que pertenecen á la segunda mitad del siglo XVI, y se hallan en el *Cancionero de romances*, en los de Sepúlveda, y en las *Rosas de Timoneda*.

## 865.

PERSIGUE ORDOÑO A LOS YERNOS DEL CID PARA VENGAR  
LA INJURIA QUE HICIERON Á LAS HIJAS DE ESTE. — CXLII.

(Anónimo.)

— ¡ Atended á la mi fabla,  
Alevos yernos del Cid,  
Cobardes como traidores,  
Que siempre es cobarde un vil!  
¡ Homes buenos sois vosotros?  
Non sois, si canalla ruin,  
Que el Cid en sus fechorías  
Da demostracion de sí.  
Non fuyais, alevos Condes,  
Que non vos valdrá el fuir,  
Que es águila la venganza  
Cuando el agravio es nebli.  
Un home solo os va en zaga,  
Non fuyais, facelde huir ;  
¡ Mas es la razon gigante  
Que se acompaña con mil!  
Volved, que non me desmayan  
Las espadas que ceñis,  
Que el Cid las cubrió de sangre,

Pero vosotros de orin.  
Sus dos hijas le azotásteis ;  
Pero fué tuerto, que al fin  
Al Cid ofendeis y á Dios,  
Al rey Alfonso y á mi :  
Todos cuatro son leones,  
Y mas bravos, si advertis  
Que tomarán la venganza  
Sin pasta ni menjui. —  
D'esta suerte á los infantes,  
Dando rienda á su rocín,  
Los sigue el valiente Ordoño,  
El buen sobrino del Cid.

(*Romancero general*.)

## 866.

AL MISMO ASUNTO. — CXLIII.

(Anónimo.)

No con poco sentimiento  
Mira á los Condes infames,  
Entre unas ramas oculto  
El cuidadoso Alvar Fañez.  
Al mandato de su tío  
Obedece, porque sabe  
Que las sospechas dudosas  
Suelen engendrar verdades.  
Viendo desnudas sus primas  
A la inclemencia del aire,  
Amarradas á dos robles,  
Así empezó á lamentarse :  
— « ¡Cómo es que así se trate  
La honra de mi tío y vuestro padre! —  
No quiso llegar á ellas  
Mientras los dos miserables  
Al peregrino suceso  
Dieron fin para ausentarse.  
Bien se atreviera á los dos  
Y á ciento de su linaje,  
Sino fuera en guarda suya  
Una gran cuadrilla infame.  
Y viendo que estaban solas,  
Triste ante sus ojos parte.  
Que es propio de un pecho noble  
Cuando no puede vengarse.  
Al Cielo vuelve los ojos  
Reventando de coraje,  
Y dice, mirando atento  
De sus primas las señales :  
— « ¡Como es que así se trate, etc.»  
Si vuestra honra es la mia,  
No es bien honrado me llame  
Si no gano como fuerte  
Lo que hoy pierdo por cobarde.  
Entended, alevos Condes,  
Que á mi tío no afrentastes,  
Ni que se mancha tal paño  
Con cuatro gotas de sangre.  
No puede, aunque fué en dos primas,  
Afrenta aquesta llamarse,  
Si el Cid que el baldon recibe  
Ni lo escucha ni lo sabe ;  
Mas desátanos mis manos,  
Que del recibido ultraje  
Venganza nos dará el cielo,  
Si yo no fuere bastante :  
« ¡Cómo es que así se trate, etc.» —  
Con su capa las cubria  
Que están desnudas al aire,  
Mientras la noche vecina  
Su manto piadoso esparce.  
A la choza de un pastor  
Vinieron á repararse,  
Que á veces pueden humildes  
Hacer merced á los grandes.  
En esto amaneció el dia,  
Y el pastor corriendo parte

A dar las nuevas al Cid,  
Y así replica Alvar Fañez:  
—«¿Cómo es que así se trate  
»La honra de mi tío y vuestro padre!»—  
(Romancero general.)

<sup>4</sup> En este romance se pone á Alvar Fañez en lugar de Ordoño, cuyo nombre se halla en otros.

867.

JURA EL CID VENGAR LA APRENTA HECHA Á SUS HIJAS,  
Y PARTE Á PEDIR JUSTICIA AL REY CONTRA SUS YERNOS.— CXLIV.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

—Elvira, soltá el puñal,  
Doña Sol, tiradvos fuera,  
Non me tengades el brazo,  
Dejadme, Doña Jimena:  
Non me tollais el rencor,  
Que me empacha la vergüenza,  
Que todas mis fechorias  
Manchen mis suertes siniestras.  
¡A mis hijas, falsos Condes,  
Y á mis acatadas dueñas,  
Canes, faceis tales tuertos  
Tenudas en lueñas tierras!  
¡A mí, que vos di humildoso  
Mis hijas, cuando os las diera  
De mil pulidas garnachas  
Guarnidas, y ricas prendas!  
Endonévos mis espadas,  
Lo mejor de mi hacienda,  
Y en dos mil maravedis  
Me empeñara yo en Valencia;  
Cadenas de oro de Arabia  
Con buenos ingenios fechas,  
Que en la su mandadería  
Me enviara el rey de Persia;  
Caballos os di ruanos,  
Y para en plaza seis yeguas,  
Sendas capas de contray  
Con los aforros de felpa;  
¡Y en pago de mis fiducias,  
Y en pago de mis recuestas,  
Me las enviades, Condes,  
Azotadas sin vergüenza,  
Sus albos cuerpos desnudos,  
Ligadas sus manos bellas,  
Sus crenchas desmelenadas,  
Sus tristes carnes abiertas!  
¡Voto hago al Pescador,  
Que gobierna nuestra Iglesia,  
Y mal grado haya con él,  
Cuando le fable en Cardena,  
Si en Fromesta y Carrion,  
Torquemada y Valenzuela,  
Villas de vuestros condados,  
Queda piedra sobre piedra!  
Antolínez testimonio,  
Pelaez vino con ellas;  
Yo vos pondré la caluña  
Tal que atemorice en vella:  
Que con ella y mi razon,  
Ellos y sus parentelas  
Han de linear á mis manos,  
A mis agravios desfechas.  
Camperos tiene el buen Rey,  
Que vos apañen y prendan;  
Fágame justicia en todo  
Y tendré mi espada queda.—  
Esto fabló y dijo el Cid,  
Y cabalgando en Babieca  
Partió de Valencia á Búrgos  
A dar al Rey su querrela.

(Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>4</sup> De las últimas décadas del siglo xvi.

868.

PIDE AL CID DOÑA JIMENA QUE VENGA Á SUS HIJAS.— CXLV.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Lloraba Doña Jimena,  
A sus solas con el Cid,  
La afrenta de sus dos hijas,  
Y así comenzó á decir:  
—«¿Cómo es posible, señor,  
Siendo temido en la lid,  
Que os afrentasen dos homes  
No siendo bastantes mil?  
Y si aquesto no vos duele,  
Ved que á mi padre perdí  
Por ser vos tan vengativo  
En las cosas que sentis.  
Considerad vuestras hijas,  
Aquesas que yo parí;  
Que non son hijas prestadas,  
Sinon de vos y de mí.  
Es bien que aquesto miredes,  
Y que esa gente ruin  
Non se atreva á facer tal  
Sabiendo que sois el Cid,  
Pues no faltarán salida  
Para poderse eximir.  
¡Si es bien que aquesto sintades,  
Farto os he dicho, sentid!»—

(Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>4</sup> De la misma época que el anterior.

869.

EXHORTA EL CID Á LOS SUYOS, QUE SEAN COMEDIDOS CON EL REY EN LAS CORTES DONDE IBAN Á PEDIR JUSTICIA CONTRA LOS CONDES DE CARRION.— CXLVI.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Después que una fiesta fizo  
Al santo y divino Pedro,  
Aquel que africanos moros  
Pagaron tributo y pecho,  
Hizo una junta en su casa  
De parientes y homes buenos,  
Y como juntos los vido,  
El buen Cid les dijo aquesto:  
—«Bien sabeis, amigos míos,  
La fazaña de mis yernos:  
¡Bien me pagaron las obras  
Que en Valencia bice por ellos!  
Con riendas me las pagaron,  
No teniendo rienda en ellos  
De ponellas en mis hijas.  
Azotadas en desiertos:  
Y agora el rey de Leon  
Dice por su mandadero,  
Que dentro de treinta dias  
Tengo de estar en Toledo.  
Así vos suplico y pido,  
Aunque no es menester ruegos  
Para amigos tan leales  
Teniendo fidalgos pechos,  
Non se fable allá en las Cortes,  
Nin perdamos el respeto  
Al Rey, que non es razon  
Juzgando bien y derecho.  
Non se descomida nadie  
Non hablando en nuestros fechos;  
Que yo pondré la demanda  
De lo que les di primero,  
La hacienda, plata y oro,  
Las espadas, amen d'eso,  
Y pediré el desacato  
Que á mis hijas les hicieron.»—

(Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>4</sup> Del mismo tiempo que se suponen los dos anteriores.

870.

JIMENA AL PARTIR EL CID LE ACONSEJA LO QUE DEBE PEDIR Y ALCANZAR EN DESAGRAVIO DE SUS HIJAS.— CXLVII.

(Anónimo.)

Asida está del estribo  
La noble Jimena Gomez,  
Y en tanto que al Cid le habla  
El Cid su gaban compone.  
—«Mirad, le dice, señor,  
Que la sangre de aquel Conde  
Que matasteis bueno á bueno,  
Que la vengueis como noble.  
A las Cortes vais, buen Cid,  
Y á lo que os lleva á la corte  
Ha de dar corte la espada,  
Porque no tiene otro corte.  
Al Rey habrán prevenido,  
Y á sus amigos los Condes,  
Que es de cobardes muy propio  
Socorrerse de invenciones.  
No aceteis del rey Alfonso  
Excusas, ruegos ni dones;  
Que mal se cubre una injuria  
Con afeite de razones.  
Considerad vuestras hijas  
Amarradas á dos robles,  
De quien hoy tiemblan las hojas  
Condolidas de sus voces;  
Y mirad que aquella ofensa  
Contra mí fecha en el monte,  
Descubre en vos las señales,  
Y en mis hijas los azotes.  
Dios os guarde donde vades,  
Que son los competidores  
Cruels como cobardes,  
Como cobardes traidores.  
Yo sé bien que vais seguro,  
Si no fuere de traiciones,  
Que atrevidos con mujeres  
Nunca lo son con los hombres.  
No entreis, señor, en batalla,  
Que menguáis vuestros blasones  
Honrando con vuesa espada  
Una sangre tan enorme.  
El que venció á tantos reyes  
No se iguale á aquestos homes,  
Que relinchos de Babieca  
Han vencido otros mejores.  
Cobrad vuestras dos espadas  
Para Bermudo y Ordoñez,  
Que ellos pondrán en sus filos  
El uso de vuestros golpes.  
Sacará del fuego mio  
La Tizona los tizonos,  
Y la famosa Colada  
La mancha de mis pasiones.  
Por mi aviso y vuesa mano  
Que á mi venganza se ponen,  
Desde luego la esperanza  
Me promete alegres dones.  
—«Así suceda, Jimena,—  
El famoso Cid responde,  
Y abajando la cabeza  
Picó á Babieca y partióse.

(Romancero general.— It. Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>4</sup> Este verso y los tres siguientes muestran, en un juego de vocablos, el mal gusto á que caminaba nuestra poesia.

871.

SALE EL CID PARA LAS CORTES DE TOLEDO Á PEDIR CONTRA SUS YERNOS, Y APOSTROFA Á LA VILLA DE REQUENA POR SER EL SITIO DONDE EL REY LE PIDió SUS HNAS PARA ESPOSAS DE LOS CONDES DE CARRION.— CXLVIII

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Recibiendo el alborada  
Que viene á alegrar la tierra,  
Tocaban á recoger  
Seis clarines por Valencia.  
Don Rodrigo de Vivar,  
El buen Cid, su gente apresta  
Para partir á Toledo,  
Que á Cortes el Rey le espera.  
Ya la plaza del palacio  
Está de gente cubierta,  
De escuderos y fidalgos  
Esperando que el Cid venga.  
El sale ya de la sala,  
Ya está en medio la escalera  
Y salenle á acompañar  
Sus dos hijas y Jimena.  
Abrázalas cortesmente,  
Y ruégales que se vuelvan,  
Que en ver presentes sus hijas  
Tiene presente su afrenta.  
Descendió fasta el zaguan  
Donde estaba su Babieca,  
Que de ver triste á su amo  
Casi siente su tristeza.  
Salió en cuerpo hasta la plaza  
Armado con armas negras,  
Sembradas de cruces de oro,  
Desde la gola á las grevas.  
Vió su gente tan lucida,  
Y en la ventana á Jimena,  
Y por facer lozanía  
Puso al caballo las piernas.  
Llevó los ojos de todos,  
Y al cabo de la carrera  
Quitó á Jimena la gorra  
Y tocaron las trompetas;  
Todos siguieron tras él,  
¡Cuán lucida gente lleva!  
Pues alegre el sol de vellos  
En las armas reverbera.  
Caminan por sus jornadas,  
Y á la vista de Requena  
Detuvo la rienda el Cid,  
Que no quiso entrar en ella.  
Acordóse en aquel punto  
Que allí fué la vez primera  
Que le llamó el sexto Alfonso  
Estando él quieto en ella.  
Con grave y severa voz,  
Levantando la visera  
Y afirmado en los estribos,  
La dice d'esta manera:  
—«Teatro de mi deshonra,  
Do se hizo la tragedia  
En que mis alevos yernos  
Fuéron los autores d'ella;  
Principio de mi desdicha,  
Do sin ser jueves de cena  
Comieron con faz doblada  
Ambos Júdas á mi mesa;  
Al Rey vó á pedir justicia,  
Ruego á Dios que no la tuerza,  
Que á postre de mi venganza  
No estaréis en mi frontera.—  
Y llevado de furor  
Puso al caballo las piernas,  
Contra la flaca muralla  
Que de verle airado tiembla.

(Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>4</sup> De fines del siglo xvi. En él empiezan los romances que tratan de lo acaecido desde la partida del Cid para vengar la afrenta que recibió de sus yernos los condes de Carrion.

872.

PRESENTASE EL CID EN LAS CORTES AL CUMPLIRSE  
EL PLAZO SEÑALADO.—CXLIX.(Anónimo<sup>1</sup>.)

Tres Cortes armara el Rey,  
Todas tres á una sazón,  
Las unas armara en Búrgos,  
Las otras armó en León,  
Las otras armó en Toledo  
Donde los hidalgos son,  
Para cumplir de justicia  
Al chico con el mayor.

Treinta dias da de plazo,  
Treinta dias, que mas non,  
Y el que á la postre viniese  
Que lo diesen por traidor.  
Veinte y nueve son pasados,  
Los Condes llegados son;  
Treinta dias son pasados,  
Y el buen Cid non viene, non.

Alli hablaran los Condes:  
— Señor, dadlo por traidor.—  
Respondiérale el Rey:

— Eso non faria, non,  
Que el buen Cid es caballero  
De batallas vencedor,  
Pues que en todas las mis Cortes  
Non lo habia otro mejor.—

Ellos en aquesto estando  
El buen Cid allí asomó  
Con trescientos caballeros,  
Todos fijosdalgo son,  
Todos vestidos de un paño,  
De un paño y de una color,  
Sino fuera el buen Cid  
Que traia un albornoz;

El albornoz era blanco,  
Parecia emperador,  
Capacete en la cabeza  
Que relumbra como el sol.

— Dios vos mantenga, buen Rey,  
Y á vosotros sálveos Dios,  
Que non fablo yo á los Condes,  
Que mis enemigos son.—

Alli dijeron los Condes,  
Fablaron esta razon:  
— Nos somos fijos de reyes,  
Sobrinos de emperador;

¿Merescimos sei casados  
Con fijas de un labrador?—  
Alli hablara el Cid,  
Bien oiréis lo que habló:

— Convidáraos yo á comer,  
Buen Rey, tomástelo vos,  
Y al alzar de los manteles  
Dijistes esta razon:

Que casase yo mis fijas  
Con los condes de Carrion.  
Diérais en respuesta  
Con respeto y con amor:

Preguntarélo á su madre,  
Su madre que las parió,  
Preguntarlo he yo á su ayo,  
Al ayo que las crió.

Dijérame á mi el ayo:  
Buen Cid, non lo fagais, non,  
Que los Condes son muy pobres,  
Y tienen gran presunción:

Mas por non contradeciros,  
Buen Rey, ficiéralo yo.  
Treinta dias duraron las bodas,  
Que non quisieron mas, non:

Cien cabezas yo matara  
De mi ganado mayor:  
De gallinas y capones,  
Buen Rey, non lo cuento, non.

(Cancionero de romances.)

<sup>1</sup> Consérvanse en este viejo y popular romance interesantes

tradiciones de nuestra edad media. La costumbre de convocar Cortes al mismo tiempo en varios puntos del Reino; la distinción de categorías entre los nobles dignatarios, cortesanos e hidalgos; la de enviar los grandes caballeros sus hijos á educarse en casa de sus vasallos, y los respetos y consideraciones que el educando guardaba para con su ayo: todo se menciona, aunque rápidamente, en esta composicion, que nos parece ser de una y remota época tradicional.

873.

CONFÍA EL CID Á MARTIN PELAEZ LA DEFENSA DE VALENCIA  
INTERIN EL LOGRA JUSTICIA CONTRA SUS YERNOS.—CL.(Anónimo<sup>1</sup>.)

— Idos vos, Martin Pelaez,  
A mi Valencia, y guardalla  
Mientras que me quejo al Rey  
De aquesta traicion tamaña.

Rogaré que se lembre  
Cuando á mis fijas casara  
Contra la mi voluntad,  
De mi Jimena y mi casa,

Y que por facer la suya  
Y cumplir la su palabra,  
Yo folgué que se ficiesen  
Aquestas bodas amargas.

Diréle yo cómo Ordoño  
Las falló tan mal paradas,  
Y desnudas de las ropas,  
Que les diera para honrallas;

Y si los ojos me dejan  
Contar tan malas fazañas,  
Diré cómo las toparon  
En el monte aprisionadas,

Y pediré que en sus Cortes  
Desagravie aquestas canas,  
Que el deshonor de mis fijas  
Las tienen avergonzadas.

Y de tan grande traicion  
Faré un reto, una demanda  
A los Condes, si tuvieren  
La faz para sustentalla.

Cobraré allí mis dos joyas,  
Pues están mal empleadas,  
En poder de dos traidores,  
Mi Tizona y mi Colada:

Y vos, amigo Martin,  
Quedaréis de esta vegada  
Como señor de mis tierras;  
Por mi falta gobernallas.

Acudiréis á Jimena  
A servilla y regalalla,  
Tendréis mucha cuenta en esto,  
Catad que os dejo en mi casa.

(Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>1</sup> Aunque afecta el lenguaje antiguo, es este romance del último tercio del siglo xvi.

874.

PROPONE EL CID AL REY SU QUERRELLA  
CONTRA SUS YERNOS.—CLI.(Anónimo<sup>1</sup>.)

— Años hace, el rey Alfonso,  
Que solo en vuestro servicio  
El arambre de Tizona  
Apénas lo he visto limpio,

Y que mi pobre Jimena,  
Nacida en contrario signo,  
Fué por mi sola de padre,  
Como por vos de marido.

Ella en mi ausencia ha llorado  
El medio lecho vacío,  
Mientras que yo derribaba  
Mil estandartes moriscos.

Testigos tengo presentes,  
Y vos, Rey, sois buen testigo,  
Que he atropellado mas lunas  
Que el sol ha durado siglos.

Fui en juveniles años  
Rayo en vuestros enemigos,  
Como agora son mis canas  
Terrero de mal nacidos.

Todo lo gobierna el cielo  
Con su nivel y destino,  
Desde la tierra á su altura,  
Y desde el cielo á su abismo.

Al pavon le dió los piés,  
Al águila el corvo pico,  
Y al leon la calentura  
Porque estén ménos altivos.

Dos fijas tengo, señor,  
Y porque le hurté al serviro  
El tiempo del engendrallas  
Las engendré con delito.

Agraviaronlas traidores,  
Y por haberse atrevido,  
Aunque á mi brazo pudiera,  
Solo al vuestro lo remito.

Dos cobardes las ofenden,  
Cuyos corazones tibios  
Al temor hacen altares  
Y le ofrecen sacrificios.

Carrion les da tributo,  
Como la fama al olvido,  
Y por tal yo me querello  
De tal injuria ofendido.

Levante vuesa justicia  
El peso con el cuchillo,  
Que aunque suyo sea el peso  
El pesar ha de ser mio.

Si la justicia en las armas  
Falló el natural abrigo,  
Ya sirvo yo con las unas,  
Faced justicia y castigo.

Si Dios es justo, y el home  
Tan obligado á servillo,  
En cuanto mas le imitare  
Será mas justo y mas digno.

(Madrugal, Segunda parte del Romancero general, etc.—It. Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>1</sup> Romance bello, bien hecho y razonado, cuyo estilo severo no desdice del asunto interesante y sentido de que trata. La reflexion que en él se hace de que Dios siempre deja en sus obras alguna cosa que reprima la soberbia, es eminentemente moral y grave: toda la eutonacion del romance participa de la melancolia propia de la situacion en que se halla el héroe por haber sufrido una humillacion, que castiga el orgullo que el tener tan buenas hijas le inspiraba. Recibela como de la mano de Dios; pero reclama el castigo, que merecen los culpables, de la justicia humana.

875.

AL MISMO ASUNTO.—CLII.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Mediodía era por filo,  
Las doce daba el reló;  
Comiendo está con los grandes  
El rey Alfonso en León,

Cuando entrara por la sala,  
Casi perdido el color,  
De todas armas armado  
El noble Cid Campeador,

Que viene á pedir justicia  
A su Rey y su señor  
De un agravio que le han fecho  
Los condes de Carrion.

En él pone el Rey los ojos  
Y en sus oídos la voz:  
— Justicia venga del cielo,  
Si non me la facéis vos.—

Los grandes se alborotaron,

Ninguno á comer volvió,  
Sus amigos de cuidado,  
Sus contrarios de temor.

— Venganza vengo á pedir  
Pudiéndola tomar yo;  
Que con sangre de traidores  
Suelo yo limpiar mi honor.

Reyes moros tengo amigos,  
Que vasallos míos son,  
Y en las fronteras me temen  
En mirando mi pendon.

Mis fijas son agraviadas,  
Doña Elvira y Doña Sol,  
Si justicia no me guardas  
Venganza tomare yo.

Pagaránmelo sus fijos  
En pago del galardón,  
Porque de su sangre aleve  
Non ha de quedar varón.

Mira, Alfonso, por mi honra,  
Por la vuesa mire Dios,  
Que si fiais de traidores  
Non comeréis con buen pro.

Si en algo les he agraviado  
Salgan, que en el campo estoy,  
Que á mi espada y á mi brazo  
Le ha venido su ocasion.—

Con esto volvió la espalda,  
Y el Rey de comer alzó,  
Y mandó que se pregonen  
Las Cortes para León.

(Romancero general.—It. Escobar, Romancero del Cid.)

<sup>1</sup> En un tono mas altivo, y que forma contraste con el del anterior romance, el poeta de este presenta al Cid pidiendo al Rey justicia contra sus yernos.

876.

MUÉVESE CUESTION ENTRE LOS CORTESANOS Y LOS CABALLEROS DEL CID, POR UN RICO ESCAÑO QUE ESTE HIZO PONER PARA SÍ EN LAS CORTES, INMEDIATO AL SOLIO DEL REY.—CLIII.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

A Toledo habia llegado  
Ruy Diaz, que el Cid decian,  
A Cortes del rey Alfonso,  
Que por su amor las hacia

Para le dar gran derecho  
De la gran alevosia  
Que sus yernos, los infantes  
De Carrion, fecho habian.

En palacios de Galiana  
El Rey mandado tenia  
Que se junten á las Cortes  
Todos los que allí vendrian.

La silla del rey Alfonso,  
Que era muy hermosa y rica,  
Púsose al mejor lugar  
Que en toda la sala habia.

Al rededor de la cual  
Escalaños grandes ponian,  
Donde se sentasen todos  
Los de la caballeria.

El Cid llamó á un escudero,  
Muy fidalgo en demasia,  
Fernán Alfonso ha por nombre,  
El Cid criado le habia.

Mandóle tome un escaño  
Que de Valencia traia,  
Que se lo ganó al rey moro  
Cuando en ella lo vencia.

Mandóle que le pusiese  
Donde el Rey tenia su silla;  
Escuderos fijosdalgo  
Mandó lleve en compañía,

Y que guarden el escaño

Hasta que sea otro día.  
 Todos llevan el escaño,  
 Que es hermoso à maravilla,  
 Sus espadas à los cuellos,  
 ¡Oh qué bien que parecían!  
 Pusieron el rico escaño  
 Donde el Cid mandado había,  
 Cubierto de ricos paños  
 De oro, seda y pedrería.  
 Otro día de mañana  
 Despues que el Rey oyó misa,  
 Fuése para los palacios  
 Con muy gran caballería:  
 Solo el Cid no va con él,  
 Que en su posada yacia.  
 Garcí Ordoñez, ese conde  
 Que al buen Cid muy mal queria  
 Cuando viera aquel escaño  
 Al Rey dijo d'esta guisa:  
 — Por merced os pido, Rey,  
 Oigais lo que yo decia:  
 Aquel tálamo que armaron  
 Junto de la vuesa silla  
 ¿Para cuál novia se armó?  
 Pregúntoos, ¿vernà vestida  
 De almijias ó alquiceles,  
 O cómo vernà guarnida?  
 Mandadle quitar de allí  
 Porque à vos pertenecia.—  
 Fernán Alfonso lo oyó,  
 Al Conde le respondia:  
 — ¡Conde, muy mal razonades!  
 Mucho mal d'ello os vernia,  
 Que decidés mal de aquel  
 Que muy mas que vos valia!  
 No novia, como decidís,  
 Y si decidís que mentia,  
 Las manos yo vos pondré,  
 Y conocer vos faria  
 Ante el Rey que está presente  
 De qué lugar descendia,  
 Que no me podréis negar  
 No tener vos mejoria.—  
 Mucho le pesó al buen Rey,  
 Y à los que con él venían  
 De lo que habia pasado;  
 Mas el conde Don García,  
 Como era hombre sañudo,  
 El manto al brazo ponía,  
 Dijo: — Dejádme ferir  
 Al rapaz que tal decia.—  
 Alfonso cuando lo vido  
 Su espada sacado habia  
 Viniéndose contra el Conde  
 Diciendo: — Castigaría  
 Las locuras que habeis dicho,  
 Mas por el Rey no osaria.—  
 El Rey los ha despartido  
 Y à los presentes decia:  
 — Ninguno debe fablar  
 D'este escaño que aqui habia,  
 Que el Cid lo ganó muy bien,  
 Y como home de valta,  
 Y es caballero esforzado  
 Y de muy gran valentia,  
 Y non hay otro en el mundo  
 Que tan bien lo merecía  
 Como el buen Cid mi vasallo  
 De tan alta nombradía:  
 Y cuanto el Cid es mejor  
 Mas honra à mí me venia,  
 Que cuando ganó el escaño.  
 A muchos moros venia.  
 Envióme su presente,  
 Por señor me obedecia,  
 Como vasallo leal  
 Cumpliendo lo que debía:  
 Muchos caballos me dió,  
 Con moros que los traian,

Y enviárame mi quinto,  
 Como à mí pertenecia,  
 ¡Nadie non fable del Cid,  
 Que segundo no tenia!

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

877.

ACUSACION Y RETO DEL CID EN LAS CORTES CONTRA  
 SUS YERNOS, Y SATISFACCION QUE PIDE.—CLIV.

(Anónimo.)

— Digádesme, alevos Condes,  
 ¿Qué fallásteis en mis fijas  
 Y cuándo tener cuidasteis  
 Dueñas de tan alta guisa?  
 ¿Por aventura con ellas,  
 Los fidalgos de Castilla,  
 Qué baldones vos han dado?  
 ¿En qué vueso honor vos quitan?  
 Por madre han à mí Jimena,  
 La mi Doña Sol y Elvira:  
 De tal madre ¿qué enseñanza?  
 ¿Nin qué fembras de tal vida?  
 En dote vos di con ellas  
 Los haberes que tenia,  
 Y las mis ricas espadas,  
 Que ménos falla mi cinta:  
 Mas fambrientas las tenedes,  
 Non yantan como solian,  
 Que siempre fechos cobardes  
 Dan escasas las heridas.  
 Yo vos las demando, Condes,  
 Ante el Rey que ende nos mira,  
 Porque à Colada y Tizona  
 No es bien que alevos las ciñan.  
 Non son heredadas, non,  
 Sino en batallas tenidas,  
 De entre lanzas y con sangre  
 Mis armas todas teñidas.  
 En los robledos de Tórmes  
 Me la dejades vertida;  
 Mas la de dueñas atales  
 Ved que varones no estiman.  
 Non por ende me afrentades  
 Por ser mis fijas queridas,  
 Que aunque son mi sangre, estaba  
 En vuestas mujeres mismas.  
 Con todo, vos reto, Condes,  
 Por facer la sangre limpia;  
 Porque el golpe del agravio  
 No hay miembro que no lastima.  
 Tenudo soy à facello  
 Por vuesa honra y la mia;  
 Que la mancha del honor  
 Solo con sangre se quita.—  
 Estas palabras el Cid  
 A sus dos yernos decia,  
 Levantado del escaño,  
 La mano à la barba asida.

(Romancero general. — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

878.

PIDE EL CID QUE SE LE RESTITUYAN SUS ESPADAS COLADA  
 Y TIZONA, QUE DIÓ À SUS YERNOS, CON OTROS HABE-  
 RES.—CLV.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En Toledo estaba Alfonso,  
 Que à Cortes llamado habia,  
 Porque el buen Cid Don Rodrigo  
 Muy gran querella ponía  
 Contra los hermanos condes  
 De Carrion, esa villa,  
 Porque en Tórmes el robledo  
 Ficiéron alevosía;

A sus fijas azotaron,  
 Que de Valencia traian;  
 Quedaron desamparadas,  
 Tratadas de mala razon.  
 Comenzó el Cid su guiso,  
 Estas palabras decia:  
 — Rey Alfonso, mi señor,  
 Ante vos yo les pedia  
 A estos hermanos Condes  
 Las espadas que tenian,  
 Que son Tizona y Colada;  
 Prestado se las habia.  
 Deben de dárme las luego,  
 Que nada no les debia.—  
 Non respondieron los Condes  
 A lo que el buen Cid decia.  
 El Rey se levantó luego,  
 A los Condes se venia,  
 Quitárale las espadas,  
 Al Cid en mano ponía,  
 El las tomara en sus manos,  
 Hablárale d'esta guisa:  
 — De cierto, las mis espadas,  
 Las mejores sois que habia:  
 A vos, Tizona, gané  
 De Búcar, en aquel día  
 Que lo vencí yo en Valencia  
 Con las gentes que traia;  
 A vos, Colada, yo hobe  
 Cuando en el campo venia  
 Al rey Pedro de Aragon  
 Con muy gran caballería.  
 El conde de Barcelona  
 A su lado vos traia,  
 Y por mis hijas honrar,  
 En guarda dado os habia  
 A los condes de Carrion;  
 Pero mal vos conocian.  
 En ello yo no acertaba,  
 Gran mal d'ello me venia;  
 ¡Gran merced vos hizo Dios,  
 Que vos sacó de captivas!  
 Volvisteis à mi poder;  
 Por dichoso me tenia  
 En cobrar tales espadas,  
 Y vos la mi compañía.—  
 Una dió à Pedro Bermudez,  
 Demandado se la habia;  
 Otra à Albar Fañez Minaya,  
 Que tambien se la pedia:  
 Mientras que duran las Cortes  
 Con ellas lo guardarían.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

879.

AL MISMO ASUNTO.—CLVI.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Despues que el Cid Campeador  
 Pidió derecho del tuerto  
 Porque fuéron emplazados  
 Los Condes para Toledo,  
 El rey Don Alfonso el Bravo,  
 Aquel que con gran denuedo  
 Al foradar de la mano  
 Tuvo siempre el brazo quedo<sup>2</sup>,  
 Mandó que dentro en tres meses  
 Pareciesen en Toledo,  
 E fincasen por traidores  
 Ellos y el conde Don Suero.  
 Mandó que se fagan Cortes,  
 Y se junten à ellas cedo  
 Sus grandes y ricos homes,  
 Que quiere tomar su acuerdo,  
 Que si los Condes son nobles,  
 Alfonso es rey de derecho;  
 Magüer que el Cid en honor

Es honrado caballero.  
 Antes de cumplir el plazo  
 Todos à Cortes vinieron,  
 Y el Cid trujo en su compañía  
 Novecientos caballeros.  
 Salió el Rey à recibirlo  
 A dos leguas de Toledo:  
 Unos de envidiosos callan,  
 Otros dicen que es exceso.  
 Los palacios de Galiana  
 Mandó el Rey estén compuestos,  
 Las paredes de brocado  
 Y el suelo de terciopelo.  
 Junto à la silla del Rey  
 Su escaño del Cid pusieron,  
 De que mofaban los Condes,  
 Profazando y zabiriendo.  
 Sentados en corte todos,  
 Fabló el Rey à sus porteros:  
 — Mandovos que callen todos,  
 Infanzones y homes buenos:  
 Vos el Cid, decid su culpa,  
 Y ellos defiendan su pleito:  
 Librarse vos ha justicia  
 Con que quedeis satisfecho.  
 Seis alcaldes vos señalo  
 De mi casa y mi consejo,  
 Y que todos ellos juntos  
 Juren por los Evangelios,  
 Que cuidaràn de ambas partes  
 Asaz de entender el pleito,  
 Y entendido, juzgaràn  
 Sin pasion, amor ni miedo.—  
 Levantóse luego el Cid,  
 Y sin mas alongamientos  
 Pide le dén sus espadas  
 Tizona y Colada luego.  
 El Rey miraba los Condes,  
 Qué responden atendiendo;  
 Pero ninguna razon  
 En su defensa dijeron.  
 Los jueces mandan las dén  
 Sin ningun detenimiento;  
 Magüer hubieron pavor,  
 Entregarlas no quisieron.  
 El Rey dijo: — Descorteses,  
 Volvédselas à su dueño,  
 Que supo mejor ganallas  
 De los moros de Marruecos.—  
 Ya cobradas las espadas,  
 Dos mil marcos de dinero  
 Les pide, y todas las joyas,  
 Que les dió en los casamientos.  
 Unánimes los jueces,  
 De comun consentimiento  
 Les condenan à que paguen  
 De contado todo el precio.  
 Comenzó de nuevo el Cid,  
 Los ojos como de fuego,  
 Y el rostro como una gualda,  
 A demandalles el tuerto.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

<sup>1</sup> Parece hecho à mediados del siglo XVI.

<sup>2</sup> Segun tradicion popular adquirió Don Alfonso VI el nombre de *El de la mano horadada*, porque delante de él, estando al parecer dormido, Almaymon descubrió à los suyos un secreto importante sobre el modo con que pudiera ser conquistada Toledo. Sospechando el rey moro que el sueño de Don Alfonso fuese fingido, mandó en voz alta, y de modo que à estar despierto lo oyese, que le echasen en la mano plomo derretido, lo cual se verificó segun unos, y segun otros quedó solo en amenaza, sin que Don Alfonso retirase ni contrajese su mano, para evitar que se creyese haber oído el secreto que tanto importaba à los moros ocultar à un rey cristiano.

880.

APOSTROFA EL CID Á SUS ESPADAS, LUEGO QUE POR SENTENCIA DEL REY LE FUÉRON RESTITUIDAS. — CLVI.

(Anónimo 1.)

El temido de los moros,  
Aquella gloria de España,  
El que nunca fué vencido,  
El rayo de las batallas,  
Ese buen Cid Campeador,  
Defensor de nuestra patria,  
Espejo de capitanes,  
Y de traidores venganza,  
En las Cortes de Toledo,  
Do le fuéron entregadas  
Ante el Sexto rey Alfonso  
Por los Condes las espadas,  
Así fablaba con ellas,  
Sin hartarse de mirallas:  
— ¿Dó estáis, mis queridas prendas?  
¿A dó estáis, mis prendas caras?  
No caras porque os compré  
Por dinero, oro ni plata;  
Mas caras porque os gané  
Con el sudor de mi cara,  
Al rey moro de Marruecos,  
Siendo Valencia cercada:  
A vos gané, mi Tizona,  
Que vos traía en su guarda;  
Y al conde de Barcelona  
A vos os gané, Colada,  
Cuando les tomé á los moros  
Los castillos de Brianda.  
Yo nunca os fice cobardes,  
Antes por la fe cristiana  
En la sarracena gente  
Os traje siempre cebadas.  
A los Condes mis dos yernos,  
Por ser joyas tan preciadas,  
Vos dí, y ellos ¡mal pecado!  
Os tienen de orin manchadas.  
Non érades para ellos,  
Que vos traían afrentadas,  
Por de dentro muy fambrientas,  
Por defuera pavonadas.  
Libres estáis de las manos  
Que os traían cautivadas,  
El Cid os mira en las suyas,  
Donde seréis mas honradas. —  
Dijo, y á Pedro Bermúdez,  
Y á Don Alvar Fañez llama,  
Manda que se las guarden  
Mientras las Cortes duraban.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

1 De las últimas décadas del siglo XVI.

881.

SE REPITE EL RETO DEL CID CONTRA SUS YERNOS. — CLVII.

(Anónimo 1.)

— A vosotros, fementidos  
Condes de villano pecho,  
Como traidores al Rey  
A entrambos juntos vos reto.  
Mis hijas os dí, traidores,  
Pero non, que en ello miento,  
Al Rey las dí que las diese  
A quien él fuese contento.  
A él se fizo esta injuria,  
A él se fizo este avieso,  
Y él las recibió por hijas,  
Yo á vosotros por mis yernos:  
Por ser fecha á mi señor  
Esta injuria, por él vuelvo,  
Que el que ha vasallos honrados  
Ellos le enmiendan sus tuertos.  
Con mujeres teneis manos,

¡Por Dios, bravos caballeros,  
Si al veros con el rey Búcar  
No fuerais de piés tan prestos!  
¡Pero bien dice el refran  
Que hay tan valientes guerreros  
Por los piés, como por manos,  
Y vosotros sois de aquestos!  
¡Oh cuánto dierais agora  
Por fallar otros dispuestos,  
Tales como los fallasteis  
Cuando los leones sueltos!  
Faced cuenta son leones  
Los que en este pecho siento,  
Que es un leon cada agravio  
Fecho en un honrado pecho.  
Agradecédselo al Rey,  
Que le veo y le respeto;  
¡Pero pagarlo heis, villanos,  
Si no es que os subais al cielo!  
Mas non subiréis, cobardes,  
Que es Dios grande justiciero,  
Y no consiente traidores  
Sin castigo de sus yerros:  
Cuanto mas que la Colada  
Y la Tizona yo entiendo  
Vos serán tal purgatorio,  
Que vais d'esta culpa absueltos.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

1 Como el anterior.

882.

REYERTA EN LAS CORTES ENTRE LOS CABALLEROS DEL CID Y LOS DE SUS YERNOS. — CLIX.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Ante el rey Alfonso estaba  
Ese buen Cid castellano,  
A querellar de los condes  
De Carrion, su condado,  
Que en los robledos del Tórmes  
Sus hijas han maltratado  
Puso la mano en su barba  
Con semblante denodado,  
Y voz que puso temor  
A los Condes, así hablando:  
— A vos digo, Hernan Gonzalez,  
Y tambien al vuestro hermano,  
Que habeis fecho alevosía,  
Y no como fijosdalgo,  
En deshonrarne mis hijas  
Defuera de lo poblado:  
Sin haber causa ninguna  
Caso habeis fecho malvado.  
Ante el Rey que está presente  
Y grandes que se han juntado,  
Vos repto por alevosos,  
Pues que d'ello habeis usado:  
Darvos he vuestros iguales  
Que os lo combatan en campo,  
Do diréis con vuestras bocas  
Ser verdad esto que hablo,  
O en él vos matarán  
Si no quereis confesallo. —  
No respondieron los Condes,  
Su tío es el que ha hablado;  
Ese conde Don García,  
Que en Cabra tiene el condado,  
Dijo á los Condes: — Sobrinos,  
Afuera querais quitaros;  
Dejadlo estar al Cid  
En el su escaño asentado,  
Que me semeja que es novio,  
Segun está mesurado.  
¡Cuida con su barba luenga  
A nosotros espantarnos!  
Váyase para Molina,  
Do dan parias moros flacos,

O para el rio de Hormaña,  
Donde él es el heredado,  
A adobar los sus molinos  
Para ser alimentado,  
Pues no es tal el Cid que pueda  
Con nusco ser igualado. —  
De aquesto que dijo el Conde  
Mucho el Cid se habia enojado,  
Y en ver que no respondia  
Caballero de su bando,  
Volvióse á Pedro Bermúdez,  
Y con semblante enojado  
Dijole: — Tú, Pedro mudo,  
¿No hablas? ¿por qué has callado?  
¿No sabes que tú y mis hijas  
El deudo habeis muy cercano,  
Y que de la su deshonra  
Gran parte te habrá alcanzado? —  
Corrióse Pedro Bermúdez  
Porque mudo lo ha llamado;  
Fuése para Don García,  
Y para los de su bando;  
Diérale tan gran puñada,  
Que en tierra lo ha derribado.  
Gran revuelta hay en la corte  
Entre el Cid y sus contrarios:  
Los Condes á grandes voces  
Cabra y Carrion han llamado;  
Los del Cid dicen: Valencia,  
Y Vivar estan nombrando.  
Levantóse el Rey á ellos,  
Y todo se ha sosegado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

883.

AL MISMO ASUNTO. — CLX.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En las Cortes de Toledo,  
Que el buen rey Alfonso hacia  
Para dar derecho al Cid,  
Que querrellado se habia  
De los condes de Carrion,  
Sus yernos que ser solian,  
Porque á sus buenas mujeres  
Deshonrado las habian,  
Vuelto le han sus dos espadas,  
El su haber tambien volvian.  
El Cid por grandes traidores  
A ambos retado habia;  
Los infantes no responden  
A lo que el buen Cid decia.  
El Rey dijo á los infantes  
Qué era lo que respondian;  
Diego Gonzalez, el uno,  
Al Rey así le decia:  
— Ya, señor, sabeis que somos  
De los buenos de Castilla;  
Dejamos nuestas mujeres  
Porque no nos merecian;  
Casar con hijas del Cid  
Gran deshonra nos traía. —  
Los del Cid no respondieron,  
Que el Cid mandado tenia  
Que si él no lo mandase  
Ninguno fablar debía.  
Ordoño, sobrino suyo,  
Era el que respondia:  
— Calla tú, Diego Gonzalez,  
Que eres de gran cobardía;  
Muy valiente eres de lengua,  
Mas esfuerzo no tenias,  
Y en esa tu falsa boca  
Ninguna verdad habia.  
Lémbtrate cuando en Valencia  
En la lid que el Cid facia  
Echaste á fuir de un moro 1,  
Y el moro bien te seguía,

Y yo le salí al encuentro,  
Muerto en tierra lo ponía,  
Dite su caballo y armas,  
Y al Cid entender facia  
Que tú mataste aquel moro,  
Que aquel caballo traía.  
Yo lo fice por te honrar,  
Por casar con la mi prima:  
Alabásete tú d'esto,  
Yo lo otorgaba á tu guisa,  
Nunca sañó de mi boca  
Fasta hoy que lo decia,  
Y si agora lo publico  
Es por tu gran villanía:  
Y sepan cuando en Valencia,  
Cuando el leon que ende habia 2  
Se soltó de donde estaba,  
Tú, porque á esconderte ibas,  
Rompiste el manto y el sayo,  
Que cobijado tenias,  
Por entrar bajo un escaño  
Que en el aposento habia.  
No digo cómo tu hermano,  
Que es aquel que me veía,  
Cayó con notable miedo  
En parte do no debia.  
Así, señor rey Alfonso,  
A tu Alteza yo decia  
Que este día fuera bien  
Demostrar su valentía,  
No en los robledos de Tórmes,  
Do ferido habian mis primas,  
Mujeres de tal linaje,  
Que muy mas que ellos valian  
Que si yo ende estuviera  
Cometerlo no osarian.  
Ficieron como cobardes,  
Yo se lo combatiría;  
No hicieron como buenos,  
Como manda la hidalguía.  
Muy feble es facer tal cosa  
Ningun home de valía,  
Y poner mano en mujeres  
Non es de caballería.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)  
— II. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)1 Véase el romance, número 856 y 857  
2 Véase el romance, número 851 y 852.

884.

AL MISMO ASUNTO DEL NÚMERO 882. — CLXI.

(Anónimo 1.)

En las cortes de Toledo,  
A do yace Alfonso el Sexto,  
El Cid le fabla á Bermudo  
Con muy grande sentimiento:  
— ¡Non fablais vos, Pedro mudo?  
Fablad, que non estais muerto!  
¿Non sabedes que mis hijas  
Son vuestras primas en deudo?  
Ende mas que en su deshonra  
Mucha parte os cabe d'ello. —  
Mucho le pesó á Bermudo  
De lo que el Cid ha propuesto.  
Juntóse con Garci Ordoñez,  
Y desque fué cerca puesto,  
Le diera tan gran puñada,  
Que dió con él en el suelo.  
Alborótanse las Cortes,  
No queda nadie en su asiento:  
Aquí sacan las espadas,  
Allí dicen mil denuestos.  
Unos apellidan Cabra,  
Otros Valencia, otros Reino;  
El Rey está ardiendo en ira,  
Diciendo: — ¡Afuera, teneos! —  
Otra vez replicó: — ¡Afuera!